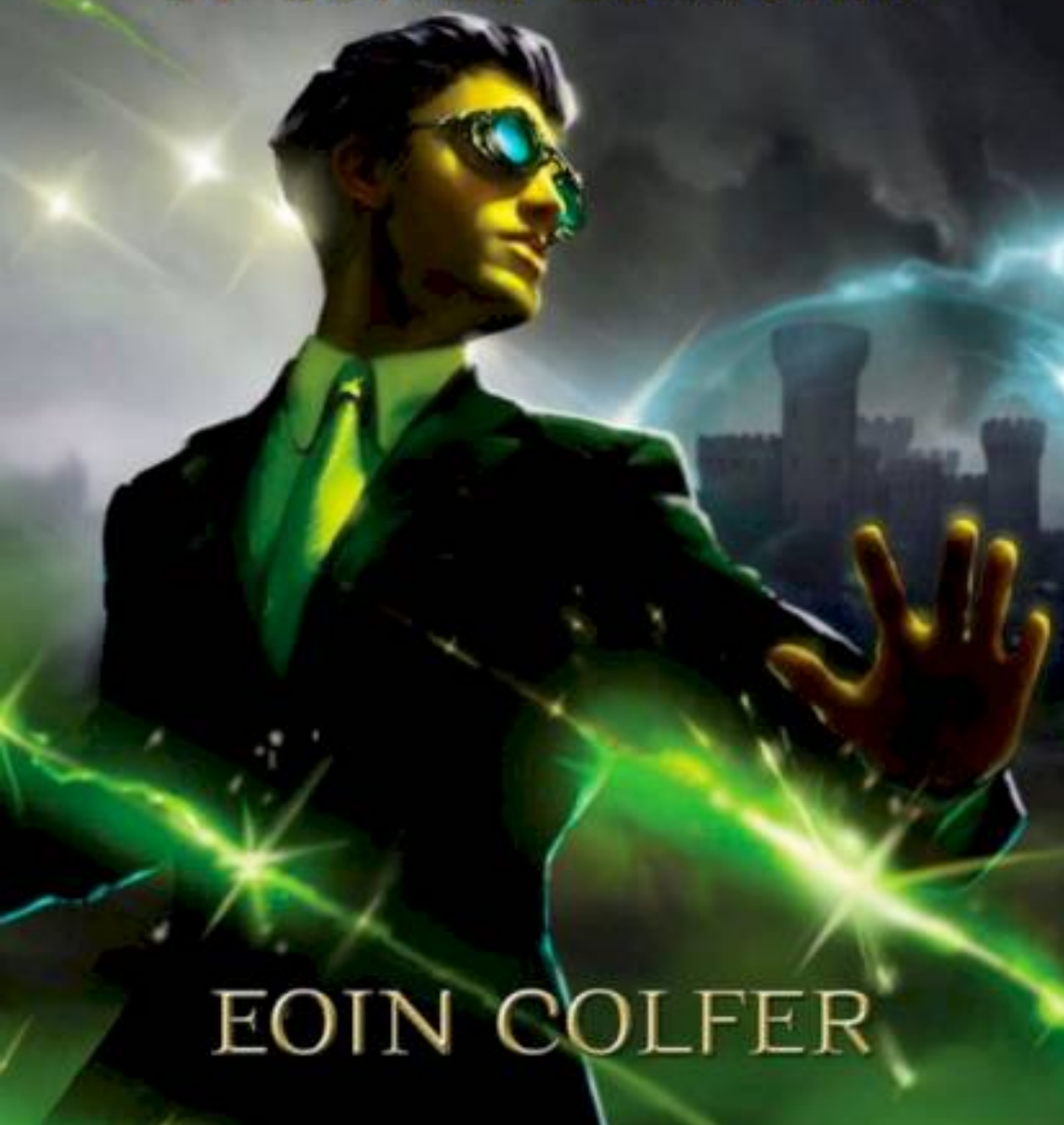


ARTEMIS FOWL

EL ÚLTIMO GUARDIÁN



EÓIN COLFER

Opal Koboi, la peor enemiga de Artemis Fowl, ha abierto la puerta de los Berserkers, un ejército de guerreros mágicos encerrados en las entrañas de la Tierra y sedientos de venganza. Con su apoyo y la ayuda de los poderes mágicos Opal ha decidido destruir por completo a la raza humana.

Pero Artemis no se deja intimidar: debe salvar a sus hermanos y combatir los planes de su enemiga y sus mágicos aliados. Artemis se enfrenta a ellos contrarreloj, consciente de que su propia vida está en peligro...

Para todos los fans de Fowl que me han acompañado
durante el viaje por los Elementos del Subsuelo.
Gracias a todos

PRÓLOGO

ÉRIÚ, PRESENTE

LOS BERSERKERS formaban una espiral por debajo de la piedra rúnica, trazando un profundo remolino, muy hondo, en las entrañas de la Tierra, con las botas hacia fuera y la cabeza hacia dentro, tal como exigía el hechizo. Naturalmente, después de diez mil años bajo tierra, ya no eran botas ni cabezas propiamente dichas, sino que únicamente el plasma de magia negra les mantenía la conciencia intacta, e incluso eso se estaba desvaneciendo poco a poco, contaminando el terreno, haciendo retoñar unos extraños brotes de plantas que infectaban a los animales con insospechada virulencia. Quizá después de una docena de lunas llenas a lo sumo, los berserkers habrían desaparecido por completo y su última chispa de poder se filtraría por los distintos sustratos.

«No todos hemos desaparecido todavía —pensó Oro de Danu, capitán de los berserkers—. Estamos listos para aprovechar nuestro momento de gloria cuando se presente y para sembrar el caos entre la raza humana».

Lanzó ese pensamiento al vórtice y le llenó de orgullo sentir como el resto de sus guerreros mágicos le devolvían el eco del mismo sentimiento.

«Su voluntad está impregnada del mismo entusiasmo que antaño impregnaba sus espadas —pensó—. Pese a estar muertos y enterrados, la llama de la sed de sangre arde viva en nuestras almas».

Era el odio a la raza humana lo que mantenía viva la llama, eso y la magia negra del hechicero Bruin Fadda. Más de la mitad de su ejército de guerreros había perecido ya, arrastrados al más allá, pero aún quedaban cinco de ellos para cumplir con su deber llegado el caso.

«Recordad vuestras órdenes —les había dicho el hechicero élfico tantos y tantos siglos atrás, mientras el barro seguía recubriéndoles las carnes—. Recordad a aquellos que han muerto y a los humanos que los asesinaron».

Oro lo recordaba muy bien, nunca lo olvidaría. Como nunca podría olvidar la sensación que los crujidos de las piedras y la tierra provocaban sobre su piel moribunda.

«Lo recordaremos. Lo recordaremos todo —envió a la espiral—. Lo recordaremos y regresaremos».

El pensamiento fue descendiendo en círculos y luego retumbó de nuevo hacia arriba desde el sepulcro de guerreros muertos, ansiosos por ser liberados de su tumba y ver el sol una vez más.

CAPÍTULO 1: UNA SITUACIÓN COMPLEJA JERBAL ARGON

UNA SITUACIÓN COMPLEJA JERBAL ARGON
DE LAS NOTAS DE CAMPO DEL DOCTOR JERBAL ARGON
HERMANDAD DE PSICÓLOGOS



1. ARTEMIS Fowl, que antes se autoproclamaba «cerebro criminal adolescente», ahora prefiere el término «joven genio». Por lo visto, ha cambiado. (Nota personal: ejem).
2. Durante estos últimos seis meses, Artemis ha estado acudiendo a sesiones semanales de terapia en mi clínica de Ciudad Refugio, en su intento de recuperarse de un episodio grave de Complejo de Atlantis, trastorno psicológico que desarrolló a consecuencia de sus experimentos con la magia de las criaturas. (Le está bien empleado, por bobo y por Fangoso).
3. Que no se me olvide enviar la exorbitante factura de la terapia a la Policía de los Elementos del Subsuelo.
4. Artemis parece haberse curado, y en un tiempo récord, además. ¿Hay alguna probabilidad de que, efectivamente, así sea? ¿Será posible?
5. Discutir mi teoría de la relatividad con Artemis. Podría componer un capítulo muy interesante de mi nuevo libro: *Artimañas Artemis: cómo saber más que el Sabelotodo*. (A

los editores les encanta el título. Ya están oyendo el ruidito de la caja registradora).

6. Pedir más analgésicos para mi cadera dolorida.

7. Emitir el informe de alta para Artemis. Última sesión hoy.

CONSULTA DEL DOCTOR ARGON, CIUDAD REFUGIO, LOS ELEMENTOS DEL SUBSUELO

Artemis Fowl estaba cada vez más impaciente. El doctor Argon llegaba tarde. Esa última sesión era igual de inútil que la media docena de sesiones anteriores. ¡Pero si ya estaba completamente curado! Es más, llevaba curado nada menos que desde la semana dieciocho. Su prodigioso intelecto había acelerado el proceso y no tenía por qué estar ahí de brazos cruzados por el capricho de un gnomo psiquiatra.

Al principio, Artemis empezó a pasearse arriba y abajo por la consulta, negándose a dejarse tranquilizar por la cascada de agua de la pared, con el juego de colores de sus suaves luces ambientales. Luego se metió un momento en la cabina de oxígeno, aunque le pareció que lo tranquilizaba un pelín demasiado.

«Menuda sobredosis de oxígeno...», pensó, saliendo precipitadamente del espacio acristalado.

Al fin, la puerta emitió un sonido sibilante y se abrió deslizándose para dejar entrar a su propia consulta al doctor Jerbal. El gnomo achaparrado avanzó renqueando hacia su sillón, se desplomó sobre las múltiples y acogedoras almohadillas, y se puso a toquetear los controles del reposabrazos hasta que la bolsa de gel que tenía bajo la cadera derecha empezó a emitir un brillo tenue.

—Aaah... —exclamó—. Esta cadera me está matando. Si quieres que te diga la verdad, nada me alivia. Absoluta-

mente nada. Le gente cree que sabe lo que es el dolor, pero no tienen ni idea.

—Llega tarde —lo reprendió Artemis en un gnómico fluido, sin rastro de simpatía en la voz.

Argon soltó un nuevo suspiro de alivio mientras empezaba a notar el efecto de la almohadilla de calor sobre la cadera.

—Siempre con prisas, ¿eh, Fangosillo? ¿Por qué no te has tomado una bocanada de oxígeno o te has puesto a meditar junto a la cascada de la pared? Hasta los monjes Hey-Hey recitan sus oraciones junto a esa cascada.

—Yo no soy ningún duende sacerdote, doctor. Lo que hagan o dejen de hacer los monjes Hey-Hey después del primer gong, me trae completamente sin cuidado. ¿Podemos proseguir con mi recuperación? ¿O acaso prefiere seguir haciéndome perder el tiempo?

Argon lanzó un resoplido y luego inclinó su voluminoso cuerpo hacia delante, sobre la mesa, y abrió una simcarpeta que tenía delante.

—¿Cómo es que cuanto más cuerdo estás, más impertinente te vuelves, Artemis?

Artemis cruzó las piernas y su lenguaje corporal se relajó por primera vez.

—Tanta ira reprimida, doctor... ¿De dónde cree usted que le viene?

—Centrémonos en tu actitud, ¿quieres, Artemis? —Argon sacó un montón de tarjetitas de la carpeta—. Vamos a ver. Ahora te enseñaré unas manchas de tinta y quiero que me digas qué es lo que te sugieren las formas.

Artemis protestó con un gemido exageradamente largo y teatral.

—¡Manchas de tinta! Por favor... Mi esperanza de vida es considerablemente más corta que la suya, doctor. Prefiero no malgastar un tiempo muy valioso haciendo inútiles pseudo-tests. Ya puestos, más nos valdría leer hojas de té

rojo o ponernos a adivinar el futuro en las entrañas de un pavo, como los arúspices.

—Las manchas de tinta son indicadores muy fiables de la salud mental del paciente —replicó Argon—. Está más que probado y comprobado.

—Probado por psiquiatras para psiquiatras —se burló Artemis.

Argon puso una tarjeta encima de la mesa dando un golpetazo.

—¿Qué es lo que ves en esta tarjeta?

—Veo una mancha de tinta —dijo Artemis.

—Sí, pero ¿qué te sugiere la mancha?

Artemis sonrió con una altanería insufrible.

—Veo la tarjeta número quinientos treinta y cuatro.

—¿Cómo dices?

—La tarjeta número quinientos treinta y cuatro —repitió Artemis—. De una serie de seiscientas tarjetas estándar de manchas de tinta. Las he ido memorizando a lo largo de nuestras sesiones. Ni siquiera se molesta en barajarlas.

Argon comprobó el número que había en el reverso de la tarjeta: 534. Por supuesto.

—Que sepas cuál es el número de la tarjeta no es responder a la pregunta. ¿Qué es lo que ves?

Artemis dejó que le temblara el labio.

—Veo un hacha chorreando sangre. También veo a un niño asustado y a una elfa vestida con la piel de un trol.

—¿De verdad? —Ahora Argon mostraba interés.

—No. La verdad es que no. Veo un edificio que parece seguro, tal vez una casa familiar, con cuatro ventanas. Una mascota fiel y un camino que sale de la puerta para perderse a lo lejos. Creo que, si consulta su manual, esta respuesta concuerda con lo que se consideran parámetros normales o sanos.

A Argon no le hacía falta consultar ningún manual. El Fangoso tenía razón, como de costumbre. Tal vez había llegado el momento de deslumbrar a Artemis con su nueva

teoría. No formaba parte del programa, pero quizá así se ganaría su respeto.

—¿Has oído hablar de la teoría de la relatividad?

Artemis pestañeó, incrédulo.

—¿Está de broma? Doctor, he viajado a través del tiempo. Creo que sé unas cuantas cosas sobre la relatividad.

—No. No es a esa teoría a la que me refiero. Mi teoría de la relatividad postula que todo lo mágico está interrelacionado e influido por antiguos hechizos o lugares clave mágicos.

Artemis se frotó la mandíbula.

—Interesante, pero creo que convendrá conmigo en que sería mejor llamarla la teoría de la «interconectividad».

—Eso no importa —dijo Argon, restándole importancia al comentario—. He estado documentándome y resulta que los Fowl han sido el azote de las criaturas mágicas durante miles de años. Muchos antepasados tuyos han intentado hacerse con el oro de las criaturas desde tiempos inmemoriales, aunque tú eres el único que lo ha conseguido.

Artemis se incorporó de golpe: aquello sí que era interesante.

—Y yo nunca llegué a saber nada de esto porque vosotros os encargasteis de hacerles una limpieza de memoria a todos mis ancestros.

—Exactamente —contestó Argon, entusiasmado al ver que por fin había captado toda la atención del joven humano—. Cuando solo era un muchacho, tu padre ya consiguió reducir y maniatar a un enano que llegó atraído hasta vuestra mansión.

—Bien hecho. Pero ¿por qué iba a sentirse atraído un enano hacia nuestra mansión? —preguntó Artemis, extrañado.

—Porque allí, la magia residual es algo fuera de lo común. Algo ocurrió en la mansión Fowl en el pasado. Algo muy, muy importante, hablando en términos mágicos.

—Y ese poder residual nos imbuye ciertas ideas en la cabeza y empuja a toda la familia Fowl a creer en la magia —murmuró Artemis, casi hablando para sí.

—¡Exacto! Es el dilema del huevo o el goblin: ¿qué fue antes? ¿Pensaste primero en la magia y luego la buscaste? ¿O fue la magia la que te hizo buscar lo mágico?

Artemis tomó unas notas en su smartphone.

—Y sobre ese acontecimiento mágico tan importante... ¿No podría ser un poco más específico?

Argon se encogió de hombros.

—Nuestros archivos no se remontan tan atrás en el tiempo. Yo diría que estamos hablando de cuando los seres mágicos vivían en la superficie, hace más de diez mil años.

Artemis se levantó con aire imponente frente al gnomo achaparrado. Se sentía en deuda con el doctor por su teoría de la «relatividad», algo que sin duda iba a requerir una investigación un poco más profunda.

—Doctor Argon, ¿era usted patizambo cuando era niño?

Argon se quedó tan sorprendido que dio una respuesta sincera a una pregunta personal, algo insólito en un psiquiatra.

—Sí, sí que lo era.

—¿Y tenía que llevar esos zapatos ortopédicos con suela de plataforma?

Argon estaba intrigado. Hacía siglos que no había pensado en aquellos zapatos horribles; es más, se había olvidado de ellos por completo hasta ese preciso momento.

—Solo uno, el del pie derecho.

Artemis asintió con gesto cómplice, y Argon se sintió como si se hubieran invertido los papeles y el paciente fuese él.

—Yo diría que esos zapatos ayudaron a que el pie se colocara en la posición correcta, pero su fémur quedó ligeramente desviado en el proceso. Un simple soporte ortopédico resolvería su problema de cadera. —Artemis se sacó una

servilleta doblada del bolsillo—. Le he diseñado uno yo mismo estos días, mientras me hacía esperar para la visita estas últimas sesiones. Potrillo debería poder fabricárselo. Puede haber un margen de error de unos pocos milímetros en mis cálculos de sus dimensiones, así que será mejor que le tomen las medidas exactas. —Colocó diez dedos planos sobre la mesa—. ¿Puedo irme ya? ¿He cumplido con mi obligación?

El doctor asintió con aire sombrío, pensando que seguramente omitiría aquella sesión de su libro registro. Observó a Artemis mientras este atravesaba la habitación en dos zancadas y desaparecía agachándose por la puerta.

Argon examinó el boceto de la servilleta. Su instinto le decía que Artemis tenía razón con respecto a su cadera.

«O ese chico es la criatura más cuerda sobre la faz de la Tierra —se dijo—, o está tan perturbado que nuestros tests no consiguen siquiera arañar en la superficie».

Argon extrajo un sello de goma del cajón de su mesa y estampó la palabra RECUPERADO en enormes letras rojas en la cubierta del expediente de Artemis.

«Eso espero —pensó—. Eso espero...».

El guardaespaldas de Artemis, Mayordomo, esperaba a su protegido al otro lado de la puerta de la consulta del doctor Argon, sentado en un gigantesco sillón, regalo del centauro Potrillo, asesor técnico de la Policía de los Elementos del Subsuelo.

—No soporto verte sentado ahí, encogido en una silla enana de duende —le había dicho Potrillo—. Es una ofensa para mis ojos. Pareces un mono de feria.

—Muy bien —le había dicho Mayordomo con su tono grave—. Acepto el regalo, aunque solo sea para que conserves la vista.

En realidad, se había llevado una enorme alegría de poder sentarse en una silla decente, midiendo como media más de metro noventa y cinco en una ciudad hecha para retacos de poco más de tres palmos.

El guardaespaldas se levantó y estiró los brazos, colocando las palmas planas contra el techo, que medía el doble de lo normal según los estándares de las criaturas mágicas. Por suerte, Argon sentía una debilidad especial por las cosas grandes y desmedidas, porque de no ser así, Mayordomo ni siquiera se habría podido poner completamente de pie en el interior de aquella clínica. En su opinión, aquel edificio, con sus techos abovedados, la tapicería con reflejos dorados y las puertas correderas de estilo retro y hechas de simmadera, se parecía más a un monasterio en el que los monjes habían hecho voto de riqueza que a un centro médico. Tan solo los láseres desinfectantes para manos que colgaban de las paredes y el trasiego de las apresuradas elfas enfermeras que pasaban de vez en cuando por allí indicaban que, en efecto, aquel lugar era una clínica.

«Cómo me alegro de que este servicio de escolta en concreto se acabe de una vez», era lo que, a lo largo de las dos semanas anteriores, había estado pensando Mayordomo al menos una vez cada cuarto de hora. Le habían asignado incontables misiones en sitios peligrosos, pero estar enclaustrado en una ciudad pegada a la parte inferior de la corteza terrestre le provocaba una sensación de claustrofobia que no había sentido jamás.

Artemis salió de la consulta de Argon, con su sonrisilla de suficiencia aún más acentuada que de costumbre. Cuando Mayordomo vio su expresión, supo de inmediato que su jefe volvía a estar en plena posesión de sus facultades mentales y que un certificado médico lo declaraba oficialmente curado de su Complejo de Atlantis.

«Por fin se acabó lo de contar palabras constantemente. Se acabó el miedo irracional al número cuatro. Se acabaron las paranoias y los delirios. Menos mal...».

Se lo preguntó de todos modos, para cerciorarse.

—Bueno, Artemis, ¿cómo estamos?

Artemis se abrochó los botones de la americana azul marino.

—Estamos bien, Mayordomo. Es decir, yo, Artemis Fowl II, estoy recuperado al cien por cien, lo que equivale a decir que el rendimiento de mi cerebro es cinco veces superior al de la media. O lo que es lo mismo, soy como uno coma cinco Mozarts. O como tres cuartos de Da Vinci.

—¿Solo tres cuartos? Me parece que estás siendo muy modesto...

—Efectivamente —dijo Artemis, sonriendo—. Lo estoy siendo.

Mayordomo relajó los hombros con alivio: un ego desmedido, aplastante seguridad en sí mismo... Definitivamente, Artemis volvía a ser el mismo de siempre.

—Muy bien. Ahora vamos a recoger a nuestra acompañante y pongámonos en marcha, ¿de acuerdo? Quiero volver a sentir el sol en la cara; el sol de verdad, y no esas lámparas de rayos UVA que tienen aquí abajo.

Artemis sintió una punzada de compasión por su guardaespaldas, una emoción que había estado experimentando cada vez más a lo largo de los meses anteriores. A Mayordomo ya le costaba lo suyo pasar desapercibido entre los humanos, pero allí abajo, no habría llamado más la atención ni siquiera disfrazándose de payaso y haciendo malabares con bolas de fuego.

—Me parece una idea excelente —convino Artemis—. Recogeremos a nuestra amiga y nos marcharemos. ¿Dónde está Holly?

Mayordomo señaló con el dedo pasillo abajo.

—Donde siempre. Con el clon.

La capitana Holly Canija, miembro del departamento de Reconocimiento de la Policía de los Elementos del Subsuelo, se quedó mirando fijamente a la cara de su archienemiga y solo sintió lástima. Naturalmente, si hubiese estado mirando a la auténtica Opal Koboi y no a su versión clónica, puede que la lástima no hubiese ocupado el último lugar en su lista de emociones, pero desde luego, sí se habría clasificado muy por debajo de «rabia» y de «profunda anti-

patía rayana en el odio». Sin embargo, aquella era un clon, una réplica creada de antemano para que la duendecilla megalómana pudiese tener una doble y así poder eludir la custodia policial en la Clínica J. Argon si la PES lograba encarcelarla algún día, cosa que efectivamente, acabó sucediendo.

Holly sentía lástima de la clon, porque era una criatura patética y estúpida que ni siquiera había pedido ser creada. La clonación era una práctica prohibida tanto por motivos religiosos como por el hecho más obvio de que sin una fuerza vital ni un alma que los impulse, los clones estaban condenados a una vida corta y marcada por los fallos en la actividad cerebral y el fracaso multiorgánico. Aquella clon en concreto había sobrevivido la mayor parte de sus días en una incubadora, batallando duramente por cada soplo de aliento desde que la habían extraído de la crisálida en la que se había desarrollado.

—Ya no queda mucho, pequeña —susurró Holly, tocando la frente de la susodicha criatura a través de los guantes estériles incorporados a las paredes de cristal de la incubadora.

Holly no sabía con seguridad por qué había empezado a visitar a la clon. Tal vez se debía a que Argon le había dicho que nunca había ido a verla nadie.

«No sabe de dónde viene. No tiene amigos».

Al menos, ahora tenía dos amigos. Artemis había tomado la costumbre de acompañar a Holly en sus visitas y muchas veces se quedaba sentado a su lado sin decir nada, lo cual no era nada propio de él.

La denominación oficial de la clon era Experimento No Autorizado Núm. 14, pero uno de los graciosillos de la clínica le había puesto el sobrenombre de Nopal Pita, un juego de palabras muy cruel con el nombre Opal y las palabras «no palpita», en alusión a su estado semicomatoso. Fuese cruel o no, el apodo había cuajado, y ahora hasta la propia Holly lo empleaba, aunque con ternura.